

24.
CORAZÓN DE JESÚS
DESGARRADO POR NUESTROS PECADOS

Cor Iesu, attritum propter scelera nostra

P. Arturo Ruiz Freites, Sacerdote argentino
Misionero en Italia

El latín invoca al Sagrado Corazón diciéndole «*attritum propter scelera nostra*». «*Attritum*»¹ como participio evoca, entre diversas acepciones, muchas aquí apropiadas: consumido, gastado, disuelto, contuso, aplastado, quebrantado, despedazado, desgarrado, triturado, pulverizado; en sentido figurado: exhausto; desfallecido, afrontado, humillado. En el *Angelus* en que San Juan Pablo II comentó esta letanía² dijo en italiano: «Cuore di Gesù, *spezzato* a causa dei nostri peccati», traducido en la versión española «Corazón de Jesús *despedazado* por nuestros pecados». En otras ediciones: «...*triturado* por nuestros delitos» o «...*quebrantado* por nuestros delitos»³. Hemos querido desplegar este abanico semántico porque la invocación litánica nos lleva a contemplar diversos aspectos del misterio de la Pasión del Corazón de Cristo en cuanto a un colmo físico y espiritual de la desgarradora *kénosis* o anonadamiento (cf. Flp 2,5ss) de su humanidad.

El «*propter*» causal, «*por*» nuestros pecados, nos lleva también a una doble consideración:

a) nuestra actividad pecaminosa que provoca su *atrición* (en ese sentido de trituración, pulverización o desgarró físico, psicológico, espiritual y

¹ A. BLAISE, *Dictionn. Latin-Français des aut. Chrét.*, Strasbourg 1954; cf. diccionarios latinos de diversas lenguas.

² SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (31/8/1986).

³ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 18 y pp. 404ss.

de aplastamiento humillante) en cuanto nuestros pecados traicionan su amor, su humanidad santísima y su Persona divina por algún mísero bien creado, desordenadamente amado, que arrancamos del amor divino y así lo ofendemos pisoteando su santidad.

b) Su propia voluntad intencional de aceptar ser así «aplastado», «desgarrado», «aniquilado», «humillado», «despedazado» por nuestros pecados; todo deja que le sea arrebatado a pedazos, para restituir a Dios por los bienes robados y devolver el corazón del hombre a sólo Dios y, perdonando, dar de nuevo Dios al hombre. Asume el reato de la pena que lo desgarrar y tritura para perdonar la culpa de los desgarradores. Misterio de infinita justicia y misericordia del Verbo Encarnado.

Jesús «padece en la su humanidad» de parte de sus enemigos y verdugos que apersonan todos los pecadores, y de su parte «quiere padecer», «podría destruir a sus enemigos, y no lo hace, ...deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente», «por mis pecados»⁴.

Ese ser triturado y desgarrado de todo había sido profetizado en los Salmos (Sl 22,2-22) y en los poemas del Siervo sufriente de Isaías, citado expresamente por San Juan Pablo II⁵ al comentar esta letanía (Is 49,7; 50, 5-7; 52,14; 53,1-12; cf. Is 1,6: *...De la planta del pie a la cabeza no hay en él cosa sana: golpes, magulladuras y heridas frescas, ni cerradas, ni vendadas, ni ablandadas con aceite.*

Lo vemos en todos los pasos de su desgarradora Pasión, que todo le quita, pedazo por pedazo: «en Getsemaní ‘se entristece hasta la muerte’ y siente el ‘peso’ terrible. Cuando dice: ‘Todo te es posible: aleja de mí este cáliz’ (Mc 14,36). Él sabe, al mismo tiempo, cuál es la voluntad del

⁴ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, [193-197].

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (31/8/1986), 3-5.

Padre, y no desea otra cosa que cumplirla»⁶: beber el cáliz de la pena hasta el fondo y darlo a beber en cambio con la sangre expiatoria derramada para el perdón de los pecados y eterna salvación de los pecadores. «Corazón de Jesús, *despedazado con la eterna sentencia*: efectivamente, Dios ha amado tanto al mundo hasta dar su Hijo unigénito»⁷. Le es arrancada finalmente la vida en «el evento desgarrador y misterioso de la muerte»⁸, y ya exánime se vierte de su Corazón traspasado hasta la última gota de sangre y agua (Jn 19,34-37).

Sufrió así la privación de todos los bienes creados, exteriores, físicos, del cuerpo y del alma⁹, arrancados parte por parte, «pedazo por pedazo», «desgarrado», «despedazado», aplastado, triturado, desolado, humillado, infamado... Esto «tiene una elocuencia particular cuando miramos a la Cruz: ¡He aquí el hombre! ¡He aquí el Crucificado! ¡He aquí al Hombre totalmente despojado! ¡He aquí al Hombre ‘destrozado a causa de nuestros pecados’! ¡He aquí al Hombre ‘cubierto de oprobios’!»¹⁰.

⁶ *Ibidem*, 2.

⁷ *Ibidem*. En el prendimiento es despojado de su libertad, arrebatado a sus Apóstoles, a sus discípulos, a las santas mujeres, a su Madre Santísima, despojado del amor y la justicia de su pueblo, de judíos y paganos. Es despojado del honor a su divinidad y acusado de blasfemo; despojado del honor a su humanidad en las vejaciones y maltratos, burlas y escupidas, y del honor debido a su majestad real escarnecida. Son arrancadas sus carnes y es desparramada su sangre en la salvaje flagelación, cae aplastado bajo el peso de la Cruz camino del Calvario estrellando su humanidad contra el polvo de la tierra, triturado su cuerpo bajo los golpes de sus verdugos y su alma con los insultos y escarnios, en los que se concentraba toda la malicia pecaminosa. Es desnudado de sus vestiduras y túnica, que se reparten y sortean; son descoyuntados sus huesos, perforados sus manos y pies, y separado de la tierra es crucificado sin honor entre malhechores, despojado hasta de aspecto humano, sediento sin agua y sin el aire que falta en la lenta asfixia del crucificado.

⁸ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (5/11/1989).

⁹ Cf. SANTO TOMÁS, *Suma de Teología*, III, q. 46, aa. 5-7.

¹⁰ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (15/9/1985).

El pecado es conversión a la creatura con aversión a Dios¹¹. El pecado es la privación del bien moral debido, es decir del amor de los bienes ordenados rectamente al Amor amical del Bien divino¹², el Bien infinito imparticipado, Dios mismo infinitamente Bueno en la Trinidad de sus Personas y en la humanidad asumida de Cristo, sustituido por la concupiscencia de un bien creado, un bien «participado». Cuando por lo finito «participado», separándolo moralmente de Dios, nos privamos del amor y la amistad del infinito Imparticipado, en nuestro corazón le robamos, le rebajamos y aplastamos a Dios despreciándolo¹³. Por lo temporal que se desvanece con el instante que pasa perdemos la eternidad divina, esa «posesión total perpetua y simultánea de vida interminable»¹⁴ en comunión con las Eternas Personas (cf. Jn 17,3), desgarrando la comunión eterna y «pecando en nuestra eternidad subjetiva» separándonos del destino de Cielo¹⁵. Perdemos nuestra participación en la vida eterna divina aferrando cosas que se desvanecen con el tiempo queriéndolas como objeto de una eternidad beata que no podrán nunca dar, «no pertenece a la bienaventuranza, sino más bien a la desventura, porque el tenerlas impide al hombre alcanzar (la beatitud)»¹⁶. Como el hijo pródigo, tomamos la parte y dejamos al Padre en cuya casa está el Todo de su Amor, desgarrando y despedazando la unión de amistad con Dios. Y el hombre mismo en el pecado despedaza su unidad interior dada por el amor de Dios. «El amor de Dios es congregativo en cuanto

¹¹ SANTO TOMÁS, *Suma*, I-II, q. 73, a. 3, ad 2; cf. q. 72, a. 5.

¹² Cf. *Ibidem*, q. 74, sujeto del pecado; q. 75, las causas del pecado; *In IV Sent.*, d. 14, q. 2, a. 1.

¹³ Cf. SANTO TOMÁS, *Suma*, I-II, q. 78, a. 1c. (sol.) y ad 2, sobre la malicia del pecado.

¹⁴ BOECIO, *Consol.* VI, pr. 6.

¹⁵ SANTO TOMÁS, *Suma*, I-II, q. 87, a. 3, ad 1.

¹⁶ *Ibidem*, q. 5, a. 8 ad 3; cf. aa. 3-4; q. 71, a. 6, obj. 3, cit.: «Agustín, I *De lib. arb.*, define el pecado por relación al fin, diciendo que pecar no es otra cosa que, despreciadas las cosas eternas, seguir las temporales».

que conduce la afectividad del hombre, de muchas cosas a una»¹⁷. En cambio; «el amor de sí mismo disgrega la afectividad humana hacia diversas cosas, en cuanto que uno se ama apeteciendo para sí los bienes temporales, que son múltiples y de diverso género»¹⁸.

En la humanidad de su Hijo eterno ha querido Dios que su Corazón inconmensurablemente amante sea la expiación satisfactoria de ese desgarrador y despedazador quitar de la relación a Dios todos los bienes creados por arrancarlos de su posesión y ordenamiento, hasta desgarrarnos personalmente en la muerte a la amistad con Él que es el pecado mortal. En la voluntad pecadora Dios es pisoteado, aplastado y triturado y considerado por debajo del bien que a Él hemos preferido. Pues «en todo pecado se desprecia al mismo Dios... (se) incurre en el reato de la pena por despreciar a Dios, de cuyo desprecio proviene el reato de todos los pecados»¹⁹. Y así en la humanidad asumida de su Hijo experimenta expiatoriamente el despojo y la ofensa que el pecado le hace. Dice Santo Tomás que relativamente a Dios, el pecado tiene una malicia infinita porque ofende la infinita bondad de su amistad hacia el hombre²⁰, y sólo Él puede medir esa infinita malicia relativa pues a Él se inflige. No pudiendo en su naturaleza divina imposible sufrir la privación a que lo intenta someter el pecador, lo ha querido sufrir en su humanidad, sufriendo la malicia por parte del pecador que desgarrar de Él los bienes y a sí mismo, sufriendolo Él como despojo penal reparador, convenientemente satisfactorio en estricta justicia por ofrecerlo la humanidad del

¹⁷ SANTO TOMÁS, *Suma*, I-II, q. 73, a. 1, ad 3.

¹⁸ *Ibidem*, c.: «no se comete el pecado acercándose de la multiplicidad a la unidad, como ocurre en las virtudes, que están unidas; sino más bien apartándose de la unidad hacia la multiplicidad».

¹⁹ *Ibidem*, ad 1.

²⁰ Cf. *Ibidem*, III, q. 1, ad 2.

Verbo en la Persona divina²¹. Los pecadores arrebatan al Amigo sumo Bien y Bondad y caridad, todo bien participado, parte a parte, pedazo a pedazo, arrancado de su bondad providente creadora, legisladora, gobernante y redentora del universo que todo ordena al fin último de su gloria y glorificación de los hombres, hasta arrancarse ellos mismos en la cerrazón del amor propio que encierra toda concupiscencia desordenada de los bienes creados²²; «todo bien con el que uno es engrandecido, es un beneficio de Dios, respecto del cual el hombre se hace ingrato pecando»²³. Así todo pecado desgarrar un pedazo de su Corazón santísimo, de su Caridad amante y de su Cuerpo físico y Místico, el conjunto de los pecados de los muchos pecadores lo destroza, lo tritura, lo aplasta por debajo de lo finito que en la voluntad pecadora ha sido a Él preferido. La «muerte de Dios» en el espíritu del hombre, como pregonaron Hegel y Nietzsche, profetas del inmanentismo de la civilización anticristiana. En la humanidad de Cristo su Persona divina experimenta ese nihilismo despedazante de los pecadores.

Tanto mal y malicia que le arranca todo, lo permite el Plan divino de la Sabiduría justísima y misericordiosísima del Padre que es uno con el Hijo y el Espíritu de Amor, y el Corazón humano lleno de gracia y caridad que en filial amante obediencia acepta, ofrece, expía, inmola, mereciendo para todos los que de su plenitud de gracia se incorporarían a Él y actuando la comunicación del Amor supremo. Asumiendo toda la pena consecuencia del pecado, es decir la caducidad y pérdida de todo lo corruptible y lo finito que termina con la vida en la muerte temporal, vence todo pecado con su voluntad amante que es todo lo contrario: amor de Dios con desprecio de toda creatura: «Padre, en tus manos

²¹ *Ibidem*.

²² *Ibidem*, I-II, q. 77, a. 4c.

²³ *Ibidem*, q. 73, a. 10.

encomiendo mi espíritu». «¿Qué es la Misericordia, sino el amor que vence el pecado del mundo mediante el sufrimiento y la muerte?»²⁴.

Y en ese momento «se desgarró de arriba hacia abajo el velo del Templo», «a través del velo entró en el Santo con su propia sangre, obteniendo una redención eterna», «mediante su propia sangre entra en el Tabernáculo eterno... reconcilió, reunió, restauró, poniendo fin al desgarrar de Dios que es el pecado del hombre: *El Justo, mi Siervo, justificará a muchos... Se cumplirá por su medio la voluntad del Señor* (Is 53,11). ¡La voluntad del Padre! ¡No la mía, sino Tu voluntad!»²⁵. Por eso podemos decirle: «ten piedad de nosotros». Porque el «misterio de la piedad» es que Dios nos reconcilió poniendo fin a la enemistad desgarradora.

San Juan Pablo II señaló la vinculación de esta letanía con las palabras de la Transustanciación²⁶. En efecto, Él mismo *tomó el pan, lo partió y lo dio...* convertido en su Cuerpo, y asimismo repartió su sangre al distribuirla dándola a beber del Cáliz. En el Santo Sacrificio se hace presente su victimización que le desgarró todo bien creado, arrebatado por nuestros pecados que en sus verdugos se apersonan, y que Él ofrece voluntariamente en don por el amor del Bien increado divino. Nos invita a participar en su Sacrificio y a comulgar comiendo su Cuerpo entregado y bebiendo su Sangre derramada por nosotros «para el perdón de los pecados». Le pedimos «ten misericordia de nosotros» uniéndonos íntimamente a su Corazón, quitando de los nuestros todo amor desordenado de «pedazos» de bien, desgarrándonos de todo apego de creatura por el Amor del Todo que en Su Corazón habita. *De qué le sirve al hombre ganar el mundo, si pierde su alma* (Mt 16,26ss; Mc 8,36; Lc 9,22ss) porque

²⁴ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (2/6/1985).

²⁵ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (31/8/1986), 1. 5.

²⁶ *Ibidem*, 1.

pierde a Dios. «No antepongamos nada al Amor de Cristo»²⁷, como nos enseña San Juan de la Cruz:

«Modo de tener al todo»

Para venir a gustarlo todo
no quieras tener gusto en nada.

Para venir a saberlo todo
no quieras saber algo en nada.

Para venir a poseerlo todo
no quieras poseer algo en nada.

Para venir a serlo todo
no quieras ser algo en nada.

«Modo para venir al todo»

Para venir a lo que gustas
has de ir por donde no gustas.

Para venir a lo que no sabes
has de ir por donde no sabes.

Para venir a poseer lo que no posees
has de ir por donde no posees.

Para venir a lo que no eres
has de ir por donde no eres.

«Modo para no impedir al todo»

Cuando reparas en algo
dejas de arrojarte al todo.

Para venir del todo al todo
has de dejarte del todo en todo,
y cuando lo vengas del todo a tener
has de tenerlo sin nada querer.

²⁷ Regla de San Benito, 4, 21.

«Indicio de que se tiene todo»
En esta desnudez halla el
espíritu su descanso, porque no
comunicando nada, nada le fatiga hacia
arriba, y nada le oprime
hacia abajo, porque está en
el centro de su humildad²⁸.

San Ignacio en sus Ejercicios para contemplar la Pasión del Señor nos hace pedir «dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí»²⁹.

Madre Santísima del Inmaculado Corazón desgarrado: «Tú nos conduces al Corazón de tu Hijo agonizante en la Cruz: cuando en su despojamiento se revela hasta el fondo como Amor. *Oh Tú, que has participado en Sus sufrimientos, permítenos perseverar siempre abrazando este misterio. ¡Madre del Redentor! ¡Acércanos al Corazón de tu Hijo!*»³⁰.

²⁸ Del esquema del «Monte de Perfección» que encabeza la *Subida al Monte Carmelo* (1578-85), para que tanto principiantes como aprovechados en la vida espiritual «...sepan desembarazarse de todo lo temporal, y no embarazarse con lo espiritual, y quedar en la suma desnudez y libertad de espíritu...».

²⁹ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, [203].

³⁰ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (31/8/1986), 6.